

Retiro cuaresmal 2020

Con María, al pie de la cruz, la comunidad cristiana edifica la fraternidad y realiza la obra de la reconciliación.

21 de marzo de 2020

Segunda charla:

Con María al pie de la cruz, edifiquemos la fraternidad y reconciliémonos

Padre Joel Del Cueto

I. El regalo de la Reconciliación

Este tema siempre me trae a la mente algo que le escuché a alguien una vez: "...me sentí perdonada por Dios, y entonces pude reconciliarme con mi padre". No se me olvidan estas palabras porque destacan algo en lo que la reconciliación se parece a la fraternidad y es que ambas son posibles por un don de Dios.

El que la reconciliación sea un don significa muchas cosas. En primer lugar se me ocurre decir que es un 'invento' del Padre Dios. Es la respuesta de Dios Amor a nuestro pecado. Mientras que nosotros reaccionamos con miedo, confusión, negación, ira... Dios busca, promete, corrige, vuelve a aliarse, redime, se encarna, nos libra... perdona. Así visto, entonces la reconciliación tiene que ver con recibir de Dios una manera de amar a alguien que ha dado la espalda al bien o se ha dejado engañar por alguna tentación, o ha obrado en contra de quien merece ser amado. ¡A lo mejor soy yo mismo quien ha hecho esas cosas! Puede que sea alguien distinto, un familiar, alguien cercano de quien tenemos muchas expectativas, o quizás alguien que sentimos que ha actuado injustamente. Reconciliarse conllevaría aprender de Dios, recibir de Él, un modo de seguir queriendo el bien de alguien que ha hecho un mal.

Hay otro modo en el que diría que la reconciliación es un don de Dios. Perdonar es volver a reconocer a alguien como un regalo que viene de Dios. Eso nos queda tan claro cuando echamos de menos a alguien que queremos mucho. Quizás también lo sentimos cuando estamos enemistados con alguien que hemos querido, un hermano o amistad o familiar, y se nos cuele entre los rencores, aún cuando estamos con coraje, ese deseo que las cosas estuvieran bien, esas ganas de no estar enemistados. Entonces se echa de menos y se desea el bien y se recuerda que las personas que Dios nos da para compartir la vida hacen que la vida sea más y no menos. Reconciliarse en ese sentido es entonces admitir y acoger de nuevo en nuestra vida a alguien que el Señor nos ha regalado, es decir "Gracias" al padre y al prójimo y recibirle de nuevo en la vida.

Hay una amargura en no poder perdonar, como una insatisfacción que no nos deja tranquilos. En cierto modo es cerrarse a la vida y a los demás. En su exhortación a los jóvenes, *Christus Vivit*, el Papa Francisco lo describe como un perder la juventud, dice:

A veces toda la energía, los sueños y el entusiasmo de la juventud se debilitan por la tentación de encerrarnos en nosotros mismos, en nuestros problemas, sentimientos heridos, lamentos y comodidades. No dejes que eso te ocurra, porque te volverás viejo por dentro, y antes de tiempo. Cada edad tiene su hermosura, y a la juventud no pueden faltarle la utopía comunitaria, la capacidad de soñar unidos, los grandes horizontes que miramos juntos. (ChV 166)

La reconciliación es para quienes no quieren ‘volverse viejos por dentro’, para quienes quieren ser vivaces desde su conciencia y corazón. El Papa propone que nos podemos avejentar así por dejarnos llevar por problemas, sentimientos heridos, lamentos o comodidades y acabamos encerrados. Insiste que *“Las heridas recibidas pueden llevarte a la tentación del aislamiento, a replegarte sobre ti mismo, a acumular rencores”* (ChV 165). Pero ¿no podemos dejar que eso nos pase! Dice: *“nunca dejes de escuchar el llamado de Dios al perdón. Como bien enseñaron los Obispos de Ruanda, «la reconciliación con el otro pide ante todo descubrir en él el esplendor de la imagen de Dios [...]. En esta óptica, es vital distinguir al pecador de su pecado y de su ofensa, para llegar a la verdadera reconciliación. Esto significa que odies el mal que el otro te inflige, pero que continúes amándolo porque reconoces su debilidad y ves la imagen de Dios en él».”* (ChV 165).

Podemos recurrir de nuevo a la parábola del padre misericordioso (Lc 15, 11-32) para reflexionar, para aplicar esto en nuestras vidas. Pero propongo que nos fijemos en el diálogo del final, entre el padre y el hermano mayor (vv. 25-32). La misericordia del padre (que tiene un corazón bien vivo), pone en evidencia el gran rencor del hijo mayor (que tiene un corazón muy poco vivo) hacia su hermano. No reconoce en su hermano a su propia carne, ni ve en él el rostro de su padre, a quien nunca ha desobedecido. Está cerrado a que su hermano haya vuelto a la vida y haya sido encontrado, y se queda enojado y no entra a la fiesta de la reconciliación. Jesús no nos revela el final de este relato. Lo deja inconcluso... ¿habrá entrado? ¿se quedaría afuera viviendo insatisfecho? La conclusión de la parábola se encuentra en nuestra historia: ¿cómo actuaremos nosotros? ¿terminaremos perdonando?

Podemos ahora tomar un momento para reflexionar. Si quieres puedes tomar la parábola y leerla con calma. ¿A qué reconciliación te llama el Señor? ¿A quién te pide que vuelvas a recibir como un regalo? ¿A quién te pide que perdones como Él te perdona a tí? ¿con quién hemos de reconciliarnos una vez más?

II. La conversión al perdón junto con María

Bueno... ¿será que reconciliarse es como tener paciencia con alguien? Podemos pensarlo así, como un esfuerzo que hay que hacer para soportar alguien que nos pesa. En ese sentido suena como si consistiera en un cambio de postura... “a ver cómo me pongo... como te miro... como pienso... para aguantarte mejor”. Hemos insistido ya que perdonar consiste en primer lugar en la acogida de una especie de don. Pero también implica una conversión, una disposición distinta

hacia los demás. El Papa Francisco también tiene algo que decir sobre esto, en Laudato Sí comenta:

Hace falta volver a sentir que nos necesitamos unos a otros, que tenemos una responsabilidad por los demás y por el mundo, que vale la pena ser buenos y honestos. Ya hemos tenido mucho tiempo de degradación moral, burlándonos de la ética, de la bondad, de la fe, de la honestidad, y llegó la hora de advertir que esa alegre superficialidad nos ha servido de poco. Esa destrucción de todo fundamento de la vida social termina enfrentándonos unos con otros para preservar los propios intereses, provoca el surgimiento de nuevas formas de violencia y crueldad e impide el desarrollo de una verdadera cultura del cuidado del ambiente. (LS 229)

Nos ha servido de muy poco esa 'alegre superficialidad', el sacrificar 'todo fundamento de la vida social' en favor de intereses egoístas sin raíces y sin dirección. La medicina, propone el Papa, consiste en recuperar la fuerza de perseverar en los pequeños gestos cotidianos:

El ejemplo de santa Teresa de Lisieux nos invita a la práctica del pequeño camino del amor, a no perder la oportunidad de una palabra amable, de una sonrisa, de cualquier pequeño gesto que siembre paz y amistad. Una ecología integral también está hecha de simples gestos cotidianos donde rompemos la lógica de la violencia, del aprovechamiento, del egoísmo. Mientras tanto, el mundo del consumo exacerbado es al mismo tiempo el mundo del maltrato de la vida en todas sus formas. (LS 230)

En esta actitud hemos de aprender muchísimo de nuestra Madre. Su 'hágase' en la anunciación, su estar junto a Jesús en la cruz, su espera del Espíritu de Pentecostés junto a la Iglesia naciente; cada etapa de su 'sí' representa una acogida profunda de la redención, del perdón de Dios y de la salvación que el obra. En cada momento que María dice que sí es hermana que ama y quiere el perdón para el ser humano, y es Madre que quiere la libertad de sus hijos para vivir en el Amor. Así lo cree y lo enseña la Iglesia:

Esta maternidad de María en la economía de gracia perdura sin cesar desde el momento del asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues, asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora. Lo cual, embargo, ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador. (LG 62)

Quisiera proponerte otra reflexión. Quizás no es la que solemos hacer desde la perspectiva de María, la encontramos en Lc 23, 33-43. Sabemos que María estaba junto a Jesús en la cruz y allí ella fue testigo del amor de su hijo de muchas maneras. Pero en estos versículos vemos a Jesús perdonando a sus verdugos y prometiendo el paraíso al ladrón que le pide que se acuerde de él. Ahí se expresa el sentido de la obediencia de Jesús y de María, el sentido de su

disponibilidad al plan del Padre: el perdón. La reconciliación con todos. La victoria de la misericordia. Te invito a unirte a María en contemplación de Jesús perdonando. Ten un diálogo con ella, ¿merece la pena perdonar tanto? ¿merece la pena vivir así? ¿qué alegría o paz puede encontrar María en unirse a Cristo y perdonar hasta el final?

Después de ese diálogo te animo a rezar con calma a María que es Madre de la Misericordia:

*María, Madre de misericordia,
cuida de todos para que no se haga inútil la cruz de Cristo,
para que el hombre no pierda el camino del bien,
no pierda la conciencia del pecado
y crezca en la esperanza en Dios, «rico en misericordia» (Ef 2, 4),
para que haga libremente las buenas obras que él le asignó (cf. Ef 2, 10)
y, de esta manera, toda su vida sea «un himno a su gloria» (Ef 1, 12)
Amén.*